

## 5: LA SEGUNDA BATALLA DE RIVAS

*Guerra con Costa Rica — El General Mora Entra a Nicaragua — La Batalla de la Hacienda Santa Rosa — Derrota Aplastante de los Americanos — La Segunda Batalla de Rivas — Walker se Retira — Abandonado en el Campo de Batalla — El Combate en el Sarapiquí — El Ejército Costarricense Expulsado del País — Ahorcamiento de Ugarte.*

Azuzada por los ingleses, y por lo menos tácitamente envalentonada por el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Costa Rica comenzó a hacer demostraciones hostiles; sin embargo, no fue sino hasta el primero de Marzo que reveló con toda franqueza sus intenciones. En esa fecha, el gobierno de Costa Rica declaró oficialmente la guerra, en apariencia a Nicaragua, pero en realidad contra los americanos que estaban a su servicio.\*

Tan pronto se recibió copia de la proclama costarricense, el gobierno de Nicaragua emitió un decreto similar, declarando la guerra a Costa Rica, y se adoptaron medidas para repeler a los invasores. Costa Rica hizo un llamamiento a los otros estados centroamericanos para formar una coalición y, según las palabras de su Presidente, “echar a los filibusteros al mar”. Ninguna de las otras repúblicas la acuerpó y el Presidente Mora expresó con amargura su desengaño.

El general Walker recibió informes de que el ejército costarricense marchaba al mando del propio Presidente Mora e invadiría Nicaragua por el Departamento de Guanacaste. El coronel Schlessinger, con el mayor J. C. O’Neal y cinco compañías completas al mando de los capitanes Rudler, Thorpe, Creighton, Prange y Legeay, salieron al encuentro del enemigo, con órdenes de detenerlo en las fronteras de la República. La fuerza total de Schlessinger ascendía a 250 hombres.

Mientras esa expedición buscaba interceptar al enemigo en su incursión al Departamento de Guanacaste, era necesario resguardar la ruta del Tránsito a través del istmo de Rivas, para proteger el tráfico de pasajeros,

\* El presidente costarricense, don Juan Rafael Mora, no anduvo con ambages al declarar la guerra. Su proclama es muy clara: “Marchemos á Nicaragua á destruir esa falanje impía que la ha reducido á la más oprobiosa esclavitud: — Marchemos á combatir por la libertad de nuestros hermanos...”;<sup>1</sup> y Walker lo reconoce en su libro cuando dice que “el Presidente Mora declaró formalmente la guerra contra los ‘filibusteros’...”<sup>2</sup>

y también vigilar la vía fluvial del San Juan en El Castillo y en la Punta de Hipp, confluencia del Sarapiquí; por lo tanto, se despachó una compañía a cada uno de esos lugares.

El 16 de Marzo de 1856, marchó el coronel Schlessinger de San Juan del Sur hacia La Flor, un riachuelo que divide al Guanacaste del Departamento Meridional. Schlessinger era totalmente inepto para el mando, pero su incapacidad se reveló cuando ya era demasiado tarde para nombrar a otro en su lugar. Todo su trayecto a partir de San Juan se caracterizó por la peor incompetencia; no apostaba centinelas ni enviaba patrullas a vigilar los movimientos del enemigo, del cual se sabía que avanzaba en fuerza poderosa.

Como prueba de la completa falta de juicio de Schlessinger, basta mencionar que ya casi frente al enemigo y cuando todo indicaba la inminencia de un combate, se desprendió de su único cirujano remitiéndolo como correo a Granada, un disparate que ningún jefe debería cometer.

En la noche del 20 de Marzo Schlessinger llegó a la casa-hacienda de Santa Rosa, donde acampó.\* A la mañana siguiente se dejó sorprender y derrotar por el enemigo de la manera más vergonzosa, siendo el mismo Schlessinger uno de los primeros en huir para ponerse a salvo. La derrota y fuga desordenada fue total. El mayor O'Neal y el capitán Rudler trataron de detener la estampida, pero ya era demasiado tarde.

Pronto llegó el grueso del ejército costarricense y se convocó un consejo de guerra en campaña para juzgar a los nicaragüenses capturados prisioneros, todos los cuales, incluyendo a los heridos, fueron sentenciados a muerte. La cruel sentencia se ejecutó sin demora. Los costarricenses eran alrededor de tres mil hombres.

Cuando los soldados de Schlessinger vieron sus líneas rotas y que el caos y la confusión reinaban en todas partes, se separaron en pequeños grupos, sin oficiales que los guiaran, y anduvieron perdidos entre montañas y colinas, en cenagales y pantanos, hasta llegar finalmente a La Virgen y a Rivas, denunciando con fuerza a Schlessinger, a quien no sólo acusaban de imbécil sino también de traidor. Muchos de los fugitivos aparecieron sin sombrero ni zapatos, con la ropa hecha jirones por las espinas en su desordenada fuga. Durante más de una semana continuaron llegando a Rivas los restos de esa desgraciada expedición.

Entretanto, las fuerzas de León y Masaya se movilizaron a Granada, preparándose para marchar a Rivas a enfrentarse al invasor. El 23 de

\* Jamison toma el dato del libro de Walker;<sup>3</sup> la fecha correcta es 19 y la batalla se libró el 20.<sup>4</sup>

Marzo, el general Walker recibió un mensaje con las primeras noticias del desastre de Santa Rosa. Aunque estaba muy enfermo, subió a bordo del vapor y el 24 de Marzo en la mañana llegó a Rivas, donde supo los detalles de todo lo ocurrido a las tropas del coronel Schlessinger; éste se presentó varios días más tarde y entregó su informe personalmente.

Eran tan fuertes los cargos contra Schlessinger que se ordenó una junta de investigación; su dictamen condujo al arresto de Schlessinger y a su enjuiciamiento en consejo de guerra, acusado de negligencia en el desempeño del deber, ignorancia de las responsabilidades de un jefe militar y cobardía frente al enemigo, agregándose después el cargo de desertión. Schlessinger estaba en libertad bajo palabra y escapó antes de conocerse el veredicto del juicio pendiente. Se le halló culpable de todos los cargos y especificaciones y se le condenó a ser pasado por las armas en cualquier lugar de Nicaragua donde se le encontrara.

Todas las tropas que se pudo movilizar de otras partes fueron reconcentradas a Rivas, esperando la pronta aparición del enemigo. El general Mora se dio cuenta de esos preparativos y no avanzó más allá de Peñas Blancas, en la línea fronteriza sur del Departamento Meridional.

El 30 de Marzo el ejército nicaragüense desfiló en la plaza de Rivas y el general Walker pronunció un elocuente discurso, repleto de sentimientos heroicos, apremiando a cada soldado a ser fiel a la República en su hora de extrema necesidad.\* Les dijo que ellos, no menos que él mismo, representaban un principio grande y supremo; que, al igual que él mismo, ellos se habían expatriado voluntariamente; que los ojos del mundo civilizado estaban fijos en ellos y que serían elogiados y laureados, o menospreciados e injuriados, según la página de gloria o de oprobio que escribieran. No he olvidado nunca sus palabras finales: "Un nombre es grande sólo cuando el principio que representa lo hace grande". Enseguida pasó revista a las tropas al tronar de las trompetas y redobles de tambores.

Tras esperar en vano el avance de Mora, Walker recibió noticias de que la paz del Departamento Occidental estaba amenazada, por lo que dejó en Rivas un pequeño destacamento al mando del coronel Machado para vigilar los movimientos del enemigo y trasladó todo el ejército por vapor a Granada.

Antes que el ejército abandonara Rivas y La Virgen, N. C. Breckenridge fue nombrado capitán y se le dio el mando de la compañía D del Primer Batallón de Infantería, llenando así la vacante que dejara a su muerte

\* El discurso de Walker se presenta en el Anexo N° 3.

el capitán Everts.\* El subteniente H. C. Hall renunció y regresó a los Estados Unidos, y ocupó su puesto D. Barney Woolf, quien después sería por muchos años Secretario de la Comisión de la Corte Suprema de California en San Francisco. El subteniente Woolf fue ascendido a teniente de la Compañía D más tarde, y durante la mayor parte de ese año se desempeñó como un eficiente y popular Ayudante en la guarnición de Granada. A mí se me honró con el ascenso a Capitán de la Compañía D después de la batalla de Rivas del 11 de Abril de 1856, en la cual el capitán Breckenridge recibió una herida mortal.\*\*

El 9 de Abril el general Walker salió de Granada con quinientos hombres, entre ellos cien nativos, y sin artillería, y se dirigió por tierra a Rivas, donde el general Mora se atrincheró el 8 de Abril. Eran entre sesenticinco y setenta millas de distancia. El calor era sofocante, el camino puro polvo y sólo a largos intervalos se conseguía agua. La noche del 9 de Abril el ejército acampó junto al río Ochomogo. Allí se tuvo la primera noticia de que Mora ocupaba Rivas con un ejército calculado en varios millares de hombres, además de muchas piezas de artillería. Se reanudó la marcha temprano el 10 de Abril; se avanzó poco a pesar de agotadores esfuerzos, pues caminamos expuestos a los rayos directos del sol tropical y sufrimos mucho de sed.

Un poco antes de ponerse el sol, el ejército se desvió hacia la izquierda del camino principal, se adentró por una trocha apenas reconocible y acampó en la ribera sur del río Gil González. Cerca del campamento se capturó a un desconocido que acechaba escondido entre los matorrales, y se le condujo ante el general Walker. Al comienzo juró por todos los santos que no sabía nada de Mora o su ejército, ni de la situación en Rivas, y aseguró ser un firme e insobornable "amigo de los americanos". Su labia fue tan grande que lo hizo sospechoso, por lo cual se le puso el extremo de una sogá al cuello y se lanzó el otro cabo por sobre la rama de un árbol. Una brusca sacudida le despertó la memoria de una manera asombrosa y le co-

\* N. C. Breckenridge fue nombrado capitán el 19 de Marzo de 1856 y comandante de la Compañía E del Primer Batallón de Infantería el 23 de Marzo, mediante las Ordenes Generales números 59 y 61, respectivamente, del ejército de Walker.<sup>5</sup> Breckenridge, por lo tanto, recibió el mando de la compañía de Jamison al día siguiente de la muerte del capitán Thomas P. Averett, acaecida en Masaya el 22 de Marzo.

\*\*El capitán James Linton de la Compañía D del Primer Batallón de Infantería murió en la batalla de Rivas el 11 de Abril de 1856, en la que el capitán Breckenridge, de la Compañía E, recibió una herida en apariencia leve.<sup>6</sup> Breckenridge falleció en Granada el 27 de Abril.<sup>7</sup> El teniente James C. Jamison de la Compañía E, ascendió a capitán y asumió el mando el 28 de Abril, al mismo tiempo que se fusionaban ambas compañías llamándose en adelante Compañía D.<sup>8</sup>

municó al general Walker valiosos datos acerca de la cantidad de tropas enemigas en Rivas, el número de cañones del ejército costarricense y hasta la ubicación exacta de los cuarteles ocupados por el general Mora y su estado mayor, todo lo cual después se corroboró que era cierto.

Entre otros valiosos datos obtenidos del espía —pues se comprobó que eso era el sujeto— se supo que el reporte del día del ejército enemigo detallaba un total de 3,240 efectivos en Rivas y 900 en La Virgen, a nueve millas de distancia. Cuando ya no pudo ocultar su misión ni su identidad, el hombre lo contó todo en la esperanza de salvar la vida. La estirada y tiesa figura que esa noche meció el viento en el bosque, era una muda señal de que todos los esfuerzos del espía para evitar la muerte fueron en vano.

El pequeño grupo que se congregó bajo un gran roble en la selva, en la ribera sur del Gil González, era digno del pincel de un Rembrandt. El campamento quedaba a media legua de cualquier camino transitado; en aquella quietud, solamente vagaba la floja monotonía del Gil González que:

*El murmurio ahonda de la corriente  
Y al bosque un horror aún más sombrío inspira.*

Exhaustos, los soldados se durmieron, soñando con sus hogares y tal vez con la batalla. El general Walker se levantó de donde estaba acostado, tocó en el hombro a su edecán, el capitán Dewitt Clinton, y le dio instrucciones en voz baja. El capitán Clinton se alejó y pronto regresó acompañado del general B. D. Fry, los coroneles Ed. J. Sanders, Bruno Natzmer y Machado, los mayores W. K. Rogers, John B. Markham y Brewster, y unos cuantos oficiales más, a quienes el general Walker comunicó ciertos informes obtenidos del espía y enseguida dio a cada oficial sus instrucciones para esa mañana, asignándole a cada uno su posición en el ataque.

El plan de batalla acordado en esa conferencia de medianoche fue el siguiente: El coronel Sanders, con cuatro compañías del Primer Batallón de Rifleros, entraría a Rivas por la calle al norte de la plaza principal; el mayor Brewster, con tres compañías de rifleros, entraría por el lado sur de la plaza; el coronel Natzmer y el mayor O'Neal, con el Segundo Batallón de Rifleros, entrarían por el extremo izquierdo de la ciudad; el coronel Machado, con sus cien soldados nativos, se movilizaría a la derecha del coronel Sanders, mientras el coronel Fry mantendría la infantería ligera en reserva.

Fatigados y necesitando dormir, el general Walker y sus oficiales procuraron un breve descanso en el duro suelo. A las tres de la madrugada comenzó la marcha, en silencio, sirviendo de guía el doctor J. L. Cole, quien era casado con una rivense. Poco después de despuntar el alba, la vanguardia del coronel Sanders entró a la ciudad y empezó un refiado combate con una columna enemiga, a la que pronto hizo retroceder. Con intrepidez invencible, el coronel Sanders y sus tropas cruzaron la plaza y se lanzaron calle arriba hacia el cuartel general de Mora, mientras el enemigo se daba a la fuga en todas direcciones. Cerca del cuartel general de Mora, el coronel Sanders y sus hombres se detuvieron para apoderarse de dos cañones. Desafortunadamente, esa pausa dio un ligero respiro al enemigo y sus oficiales tuvieron tiempo para rehacer sus columnas que ya huían a la desbandada.

En todas las casas de adobe, a ambos lados de la calle, habían abierto troneras y las llenaron de rifleros; cuando el coronel Sanders quiso impeler a sus hombres a avanzar, después de la tonta detención para capturar los cañones, ya el enemigo se había repuesto y de nuevo ocupaba las casas que había abandonado pocos minutos antes. Sanders se vio obligado a retirarse a la plaza luego de sufrir numerosas bajas entre muertos y heridos, y la única compensación por sus grandes pérdidas fueron las dos piezas de artillería que logró capturar, dejando, sí, abandonadas, las carretas con municiones.

Siendo el ataque simultáneo en todos los puntos, parecía que tendría éxito. Las tropas nativas del coronel Machado tuvieron menos suerte que las demás. A la primera señal del coronel Sanders para iniciar el ataque, el coronel Machado dio la orden de avanzar, pero al colocarse, espada en alto, al frente de sus tropas, cayó derribado del caballo, muerto de un balazo. Cundió el pánico entre los soldados nativos, a quienes las amenazas de sus oficiales no lograron mantener unidos ni hacerlos avanzar, y desordenadamente huyeron a esconderse en los alrededores de la ciudad.

Se entabló una batalla encarnizada. Repuesto del susto inicial, el enemigo volvió a ocupar las casas que había abandonado y desde sus aspilleras lanzaba una terrible lluvia de fuego sobre las filas de Walker. Pronto muchos de sus mejores y más valientes soldados yacían muertos o heridos.

En tal situación, el coronel Fry trajo la reserva al teatro de la lucha y el general Walker le ordenó avanzar sobre la calle. Fry era veterano, y sabía que no había una oportunidad en cien de tener éxito, por lo que replicó: "General, eso es completamente imposible". Walker avanzó a caballo a media calle y dijo que él iría al mando de las tropas. Los pro-

yectiles silbaban en todas direcciones a su alrededor; su ropa y el caballo se cubrieron del polvo arrancado a las paredes por las balas. Walker permanecía impávido en su corcel, siendo, en apariencia, el menos excitado de todos los combatientes. El coronel Kewen, ayudante voluntario del comandante en jefe, y uno o dos más, saltaron a la calle y obligaron a buscar refugio a jinete y caballo.

En la frenética excitación del momento, el mayor John B. Markham del Primer Batallón de Infantería pidió voluntarios, y el capitán Linton, yo mismo y como veintiocho más nos lanzamos a la calle y alcanzamos el punto cercano al cuartel general de Mora donde los soldados de Sanders dejaron abandonadas las dos carretas de municiones.\* La granizada de balas desde las troneras puso a prueba el valor de quienes se enfrentaron al fuego de esos rifles. Los proyectiles desgarraban y punzaban y el piso se tiñó de rojo con sangre. El capitán Linton cayó de la acera, con el corazón atravesado por una bala. El mayor Markham, espada en mano, fue herido en la rodilla y el autor de estas líneas recibió una bala en la parte inferior de la pierna derecha — casi la mitad de la tropa yacía muerta o herida cuando se dio la orden de retirarse a la plaza. Logramos sacar del campo de batalla las carretas de municiones para las dos piezas de artillería. Sin embargo, el enemigo había inutilizado los cañones y la única ventaja que aportó su captura fue evitar que los usara contra nosotros. En este ataque participaron sólo tres oficiales, de los cuales uno cayó muerto y dos resultaron gravemente heridos; y de los diez o doce soldados de mi compañía que intervinieron, mataron a dos, lo que puede dar una idea de lo arriesgada que fue esa acción.

No se hicieron más esfuerzos para avanzar hacia el cuartel general de Mora, pero la batalla prosiguió su curso en otras direcciones y no menguó sino hasta después de anochecer. Ambos bandos acometieron y rechazaron carga tras carga. Envalentonado el enemigo por haber repelido el ataque al cuartel general de Mora, y habiendo recibido refuerzos del contingente de La Virgen, cerca del mediodía montó un asalto general contra nuestro pequeño ejército y trató de aniquilarnos a pura fuerza de números.

\* La participación de Jamison en el combate quedó registrada en *El Nicaraguense*: “El Batallón de Infantería Ligera, al mando del coronel Fry, se retuvo como contingente de reserva y entró a la plaza unos diez o quince minutos después de haber comenzado el asalto. Entraron gritando, y pronto se confundieron con sus camaradas de armas en el peligroso conflicto. El capitán James Linton de la Compañía D —cuyo valor no sobrepasaba nadie en ese arriesgado campo— cayó mortalmente herido, a la cabeza de sus valientes y leales soldados. El teniente James C. Jamerson [sic] de la Compañía E, oficial de reconocido mérito y hombre de indudable coraje, recibió una dolorosa herida en la pierna. De esas dos compañías, siete resultaron muertos y seis heridos”.<sup>9</sup>

En esa época no contábamos con zapadores ni minadores para abrirnos paso a través de las paredes de adobe, para combatir cuerpo a cuerpo y desalojar al enemigo de sus baluartes; a falta de esa ayuda, además de carecer de artillería, se hacía extremadamente difícil y precario combatir contra un adversario poderoso en una ciudad de 18,000 habitantes, como era Rivas. Por fortuna, en una casa grande cerca de la esquina de la plaza se encontraron almacenadas varias toneladas de quesos españoles, en enormes bloques tan duros como el granito e impenetrables a las balas.

Rápidamente se improvisaron parapetos con esos quesos gigantes, detrás de los cuales se apostó un grupo de expertos tiradores que causaron tremendo desconcierto entre los costarricenses, quienes pronto aprendieron a rehuir ese punto en especial. Los parapetos de queso distaban mucho de ser una quijotada, y cuando los rifleros no encontraban cabezas costarricenses que les sirvieran de blanco, hundían sus navajas en las entrañas de las barricadas para satisfacer el hambre.

Todos los esfuerzos del enemigo para aplastar a nuestro pequeño ejército se vieron frustrados; los costarricenses fueron rechazados con grandes pérdidas y sus muertos y heridos quedaron con frecuencia dentro de nuestras líneas.

En esa batalla ocurrieron muchos incidentes divertidos y jocosos, y con todo y lo serio de la situación, sólo el estoico más convencido podría contener la risa ante sus episodios cómicos. El humor, sin embargo, era casi siempre macabro.

Cuando nuestras tropas trataban de desalojar al enemigo de una casa con un extenso frente a la calle, los combatientes de hecho chocaban carabinas en las puertas, y así continuaron durante varias horas sin que nadie sacara ventaja, logrando únicamente llenar los dinteles de cadáveres. Durante ese trágico juego al escondite, el capitán McArdle, bizarro oficial de Albany, Nueva York, empuñando su pistola introdujo el brazo en el boquete de una puerta y disparó; en ese preciso momento un tajo de bayoneta le alcanzó el antebrazo y la pistola cayó en territorio enemigo. McArdle haló al instante su brazo destrozado, lo contempló con tremendo disgusto y exclamó secamente: "El maldito canalla se quedó con mi pistola".

Un soldado costarricense salió de un zaguán a caer muerto en la calle y el joven Soule se le acercó tranquilamente, esculcó sus ropas en busca de objetos de valor bajo una lluvia de balas y regresó ileso a sus líneas.\*

\* El joven H. S. Soule era soldado raso en el Primer Batallón de Rifleros. Se enroló en el ejército de Walker el 20 de Septiembre de 1855 y su suerte lo desertó un año más tarde, cayendo muerto en la batalla de San Jacinto bajo una lluvia de balas nicaragüenses el 14 de Septiembre de 1856.<sup>10</sup>

Los disparos más certeros y espectaculares que vi en Nicaragua los vi en esa batalla de Rivas. Un tirador experto entre los americanos era un muchacho alto y flaco, ojo de lince, conocido por *Arkansaw*, apodo que probablemente indicaba el Estado de donde provenía.\* Algunos heridos de Walker se habían acomodado en un corredor alto que servía de acera a una casa grande. En la pared había un hueco en el que cabía una persona y desde allí podía disparar, protegida por un grueso pilar de madera del corredor, contra las troneras de las casas al otro lado de la calle que conducía al cuartel general de Mora. *Arkansaw* ocupó ese hueco durante más de dos horas, disparando rifles que recargaba y le entregaba un compañero en posición menos expuesta. Yo me encontraba gravemente herido y desde mi lecho observaba los movimientos de *Arkansaw*, esperando verlo caer en cualquier momento. Con frecuencia se decía a sí mismo, después de disparar: “¡Upa! ¡Me lo troné!”. *Arkansaw* usaba rifles Mississippi. Quienes podían ver los efectos de sus disparos contaron que, en cuanto afinó la puntería, su mira infalible acertaba en las cabezas enemigas al momento que asomaban por las troneras; su fuego mortífero obligó al enemigo a abandonar las casas del vecindario. Se cree que *Arkansaw* mató o hirió a unos cuarenta o cincuenta hombres. El salió sin un rasguño. El pilar de madera que lo protegía quedó literalmente repellado con el plomo de las balas enemigas.

El capitán Jack Dunigan saciaba la sed empinando una botella de cierto *elixir medicinal* cuando una bala perdida se le llevó parte del cartilago tiroideo que constituye la manzana de Adán; el capitán murmuró entre susurros casi inaudibles, pues el refilón le produjo una pérdida temporal de la voz, que nunca antes le habían “cortado” el trago en forma tan descortés. Se recuperó para continuar combatiendo bien y eficazmente.\*\*

\* El apodo de *Arkansaw* quedó registrado en *El Nicaraguense* por haberse robado tres pollos en el caserío Los Cocos junto con un compañero irlandés; esa truhanería picaresca se titula *A Fowl Joke: Un Chiste de Aves de Corral*.<sup>11</sup> Por otro lado, “Arkansas Rockensack” fue uno de los combatientes que salió vivo de la batalla de San Jacinto.<sup>12</sup>

\*\* *El Nicaraguense* narra un caso similar en la batalla de Masaya del 12 de Octubre de 1856: “Al capitán George Leonard, de la Compañía B del Primer Batallón de Rifleros, le sucedió un curioso accidente. Se encontraba en pleno fragor de la batalla, a la cabeza de sus hombres, cuando de pronto cayó inconsciente al suelo. Al Cuartel General llegó el informe de que había muerto. Poco después corrió el rumor de que estaba vivo, pero había recibido un balazo en la boca. En realidad, ninguna bala lo tocó; pero una pasó tan cerquita de sus labios que le cortó toda la respiración paralizándole el cuerpo por completo. Permaneció acostado unos diez minutos y luego recuperó. Ni siquiera se había dado cuenta de la verdadera causa de su caída, la cual él consideraba un ataque de apoplejía. Leonard es uno de los ‘cincuenta y seis originales’ y nos place agregar que el General mostró aprecio a su bravura ascendiéndolo en el campo de batalla a Mayor honorario”.<sup>13</sup>

La batalla continuó sin descanso todo el día, y asalto tras asalto fue rechazado con heroísmo. El enemigo concentró un poderoso contingente para atacar una casa grande al lado norte de la plaza, aparentemente enfurecido por nuestra denodada resistencia y por la muerte de más de cuarenta de sus altos oficiales, junto con el cuadro de varios centenares de sus soldados que yacían muertos y heridos en las calles, a la vista de ambos ejércitos. Si ese ataque ha tenido éxito, las fuerzas de Walker habrían sido inexorablemente destruidas.

Walker vio que el momento era crítico y, en menos tiempo del que toma escribirlo, un pequeño grupo de oficiales —trece en total— comandados por el teniente Gay y contando en sus filas con el coronel W. K. Rogers, el capitán N. C. Breckenridge, el capitán Huston y otros nueve cuyos nombres olvidé y hoy no logro precisar, cargaron pistola en mano y desalojaron de la casa a la abrumadora fuerza enemiga, matándole más de treinta y posesionándose del edificio, el cual retuvimos en nuestro poder hasta que salimos de Rivas.\*

De los trece que intervinieron en esa arriesgada incursión, más de la mitad resultaron muertos, entre ellos Huston y Gay. El capitán Breckenridge recibió una herida en la cabeza y falleció después. Este fue, sin duda, uno de los hechos de armas más osados de los tiempos modernos, especialmente si se recuerda que la disparidad era de veinte a uno, que el enemigo estaba muy bien armado y era dirigido por oficiales expertos, mientras el pequeño grupo de los trece llevaba solamente revólveres.

Al no poder desalojar a Walker de la esquina de la plaza, el enemigo le puso fuego a las casas vecinas y se hizo necesario trasladarse a la iglesia y a una catedral grande en construcción al otro lado de la plaza.\*\* Esto se realizó al caer la noche y, exceptuando unos pocos heridos de muerte, todos llegamos a salvo a la iglesia. Algunos heridos cuyas vidas se escapaban lentamente murieron quemados en el edificio que desalojamos, entre ellos un muchacho rubio de mi compañía, de nombre Willie Gould. Era

\* Jamison da los mismos nombres que Walker, quien limita el número a “no más de una docena”.<sup>14</sup> En *El Nicaraguense* se informa que eran trece, entre ellos diez oficiales: los capitanes Houston, Sutter, Breckenridge y Mahon, los mayores Rogers y Webber, el coronel Kewen y los tenientes Winters, Stith y Gay.<sup>15</sup> A uno de los rasos, que murió en la acción, le decían *French Louis* (Luis el Franchute).

\*\*La “catedral grande en construcción” es el actual templo parroquial de Rivas; la “iglesia” es la misma parroquia, originalmente construida de menor tamaño en el siglo XVIII y allanada por un terremoto en 1844.<sup>16</sup> El “fuego a las casas vecinas” es el incendio del Mesón de Guerra, símbolo del heroísmo costarricense en la legendaria silueta de Juan Santamaría, el cual no se debe confundir con la hazaña del nicaraguense Emmanuel Mongalo, ejecutada durante la primera batalla de Rivas el 29 de Junio de 1855.

frágil de cuerpo, de miembros finos, ojos azules y con cara de niña, pero era tan valiente como un león. Su herida le hizo perder el conocimiento y las voraces llamas ya no le produjeron dolor.\*

Al llegar a nuestra nueva posición, se descubrió con alarma que al ejército sólo le quedaban tres cargas de munición por cabeza. Se tuvo que abandonar toda idea de continuar la lucha e inmediatamente comenzaron los preparativos para retirarnos de la ciudad en dirección a nuestra base de operaciones. Poco después de medianoche, colocando en medio a los heridos que podían trasladarse, el destrozado pero nunca derrotado pequeño ejército desfiló lentamente de Rivas y tomó el camino hacia Granada.

Yo caí herido en los comienzos de la batalla, pero los cirujanos no habían curado mi herida porque atendían a otros más graves que yo. La pérdida de sangre y el intenso calor fueron pruebas terribles para mí, y después que me llevaron al otro lado de la plaza con los demás heridos, me arrastré a gatas dentro de la catedral en construcción en busca de aire fresco para bajar la fiebre. En cuanto lo hice, una brisa refrescante me arrulló sumiéndome en un profundo sopor y permanecí inconsciente durante algunas horas. Eran casi las cuatro de la mañana cuando desperté, encontrándome que habían evacuado la iglesia. La campana sonaba a intervalos en la torre, acusando el impacto de balas disparadas al azar.

Yo sabía que mi captura significaría la muerte, y por un momento me aterró mi situación. La herida era sumamente dolorosa y tenía la pierna muy hinchada. Decidí escapar, y en mi resolución y excitación, se me olvidaron las heridas. Me deshice de la pistolera y del tahalí de mi espada, escalé los obstáculos que obstruían la puerta trasera y salí en busca de libertad. En la oscuridad logré abandonar la población sin ser descubierto, y cuando percaté iba rumbo hacia La Virgen. Sabiendo que el enemigo controlaba ese camino y que podía toparme con él en cualquier momento, me detuve para ordenar mis pensamientos acalanturados. Mientras meditaba, oí que se acercaban unos lanceros costarricenses. Me abalancé sobre un cerco de cardones, donde me escondí hasta que pasaron y entraron a la ciudad, después de lo cual no sé cómo me las arreglé para cruzar una extensa hacienda de cacaotales y tomar el camino de Granada. Iba con la ropa hecha trizas y con el pecho lacerado, ardiendo como si estuviera en llamas, por las espinas de los cardones.

\* William Gould se enroló en el ejército de Walker el 20 de Noviembre de 1855, según nómina de la Compañía D del capitán O'Neal.<sup>17</sup> Su nombre aparece en la lista de los muertos en la batalla de Rivas entre los de la Compañía E del Primer Batallón de Infantería, en la cual militaba Jamison como teniente.<sup>18</sup>

Todo desorientado, tomé la dirección contraria, dándome cuenta de mi error cuando oía cada vez más cerca los disparos que el enemigo continuaba haciendo a intervalos. Al descubrir mi equivocación perdí toda esperanza de escapar, al igual que se oscurece una habitación cuando se apaga la candela; empecé a desandar lo andado, usando la espada de muleta, como quien va a su último suplicio. La vida era dulce para mí en el calor y la fuerza de mi juventud, y se me escapó un suspiro de los labios al pensar en el destino que me aguardaba.

Apenas había caminado veinte yardas cuando oí relinchar una bestia junto al camino, y al dirigir la mirada en dirección al relincho vi un potrillito moro. Primero pensé que algún jinete enemigo había desmontado del potrillo y se agazapaba detrás de él para meterme una bala en el mismo corazón. Mediante una inspección más detenida comprobé que el potrillo estaba solito y parecía alegrarle mi compañía. Recuperé todas las esperanzas perdidas con la rapidez y la violencia de un torbellino — un loco frenesí se apoderó de mi pecho.

Temeroso de que el potrillo fuera salvaje y se me escapara, le pasé suavemente la mano, poquito a poco, sobándole el pescuezo, y mi mensaje fue recibido y contestado con un ligero relincho. Me quité la bufanda del cuello —un gran pañuelo negro, estilo antiguo—, se la amarré al potrillo en el hocico, y encaramándome en un tronco logré subir al lomo amigable de mi Bucéfalo y me alejé a toda prisa de la ciudad maldita.\*

Comenzaba a clarear el día y yo bajaba la larga cuesta que da al pueblo de Obraje cuando alcancé al mayor Webber, ex-oficial del ejército de los Estados Unidos que andaba de turista en Nicaragua. Iba a pie y lo invité a montarse, pero pronto se hizo evidente que el potrillo no nos aguantaba a ambos y el mayor Webber se apeó. Pasé por Obraje sin detenerme a contar las casas ni a saludar a las numerosas personas que salieron a la

\* Jamison parece endosarse un episodio acaecido a Norvell Walker, hermano menor del líder filibustero, quien narra en su libro que "Norvell Walker se quedó dormido en la torre de la iglesia de la plaza de Rivas y al despertar, al amanecer, se sorprendió de verse solo en una población ocupada por el enemigo; pero a esa hora los costarricenses no habían descubierto aún la retirada de los americanos; por lo tanto, logró escapar y ponerse a salvo", alcanzando a la retaguardia más allá del Gil González.<sup>19</sup>

Otros rezagados fueron el doctor Cole y C. J. McDonald, quienes, "rendidos de cansancio, tomaron un sendero en las cercanías de Rivas para descansar. Encontrándose separados del ejército nicaragüense, solicitaron y obtuvieron refugio de parte de un pobre nativo, quien los escondió en los alrededores de San Jorge durante una semana. Ambos regresaron a Granada diez días después del combate".<sup>20</sup> El regreso de ambos lo informó *El Nicaragüense* el 26 de Abril, agregando que "Mr. McDonald expresa su absoluto desdén ante la posibilidad de morir de hambre, pues ha demostrado que un soldado puede subsistir y hasta agordar en un chagüite".<sup>21</sup>

calle en busca de noticias. El mayor Webber se detuvo para descansar y beber agua; en eso llegaron los lanceros, le dieron alcance y lo mataron a tiros sin piedad.\*

Alcancé al ejército en el Gil González, donde se detuvo a descansar, y, al menos para mí, el mundo adquirió un color más vivo. Debido a la escasez de bestias se prohibía utilizarlas a los oficiales de los cuerpos de rifles y de infantería, pero cuando el general Walker supo mi situación ordenó que me quedara con el potrillo.

El 13 de Abril a medianoche el pequeño ejército, maltrecho y destrozado, pero orgulloso y desafiante, entró a Granada entre repiques de campanas y estallido de cohetes. Al siguiente día, el Cirujano General del ejército, doctor Moses, me extrajo la bala con un puntiagudo cuchillo de cocina y me curó la herida por primera vez; la pierna se había inflamado tanto que su grosor era casi la mitad del de mi cuerpo.

Según el informe del Ayudante General, Phil. R. Thompson, nuestras bajas en esa batalla fueron cincuenta y ocho muertos y sesenta y dos heridos, entre ellos un alto porcentaje de oficiales. Las pérdidas enemigas, según sus propios informes, pasaron de seiscientos, cifra superior al total de los soldados de Walker en la batalla.\*\* Que el enemigo quedó seriamente lesionado, lo demuestra el hecho de que no hizo ningún esfuerzo para perseguir a nuestro maltratado ejército; sólo unos pocos lanceros costarricenses se aventuraron a salir en busca de los rezagados que pudieran encontrar. Los heridos que nos vimos obligados a dejar en el campo de batalla fueron salvajemente asesinados.

De nuestros muertos, recuerdo a los siguientes oficiales: Los capita-

\* *El Nicaraguense* identifica a Mr. C. W. Webber como un "Naturalista Cazador", famoso en los Estados Unidos y autor de seis u ocho libros de aventuras en la frontera tejana y de una Historia Natural ilustrada, quien se encontraba en Granada preparando una expedición "exploradora" a Chontales y Matagalpa en los primeros días de Marzo de 1856.<sup>22</sup> El nombre del mayor Webber, "un voluntario y ciudadano", figura entre los combatientes filibusteros en la batalla de Rivas, y luego entre los "desaparecidos" en la acción.<sup>23</sup>

\*\* Walker dice al respecto: "Es difícil determinar las pérdidas del enemigo porque los centroamericanos nunca consignan sus bajas con exactitud, ni siquiera a sus propios superiores, pero probablemente se pusieron fuera de combate cerca de seiscientos costarricenses — doscientos muertos y cuatrocientos heridos".<sup>24</sup> El Parte Oficial costarricense publicado el 30 de Abril de 1856 no contiene datos acerca del número de bajas sufridas en la batalla.<sup>25</sup> Tampoco hemos logrado encontrar algún documento oficial costarricense que las detalle, excepto el "Conocimiento de los heridos en la refriega del 11 de Abril de 1856 en la ciudad de Rivas, dado por el Cirujano mayor del ejército, Dr. Carlos Hoffman", fechado en Rivas el 15 de Abril de 1856, manuscrito que detalla las heridas de 270 soldados e incluye textualmente esta nota: "Además de los enfermos comprendidos en este estado, hay unos veinte o treinta que se hayan [sic] en casas particulares ó en sus respectivos cuarteles por la levedad de sus heridas".<sup>26</sup>

nes Houston, Dewitt Clinton, Horrell, Linton y Cook; los tenientes Morgan, Stall, Gay, Doyle, Gillis y Winters. Entre los heridos estaban el mayor J. B. Markham, el capitán N. C. Breckenridge (fallecido después), los capitanes Cook, Anderson y Caycee, y los tenientes Gist, Jones, Leonard, Potter, Ayres, Latimer, Anderson, Dolan y Jamison.\*

Los que cayeron heridos en los primeros dos asaltos, tratando de ocupar las casas aspilleras a ambos lados de la calle del cuartel general de Mora, fueron llevados a una casa de adobe en que existía una venta de abarrotes en la esquina noroeste de la plaza, donde se desarrolló la mayor parte de la lucha. Recuerdo con claridad cuando el general Walker llegó a eso del mediodía a la habitación en que estábamos los heridos, más de veinte oficiales y rasos, acercándose en igual forma a cada uno para dirigirnos frases cariñosas y alentadoras. Se sentó sobre la paca de algodón del país en que yacía y me preguntó acerca de la herida al mismo tiempo que me ajustaba las vendas, e igual cosa hizo con el coronel Markham y otros compañeros, arreglando nuestros lechos para que nos sintiéramos más cómodos. Nos llegó a ver varias veces ese día y siempre pareció andar alegre y tranquilo, no obstante lo desesperado de la batalla y de ser nuestra situación en extremo peligrosa. A pesar de todo, ni sus palabras ni sus modales dieron indicio alguno de lo que pasaba por su mente — Walker era tan inescrutable como la Esfinge.

En Rivas fui testigo presencial de un acto de osadía y heroísmo sin precedente en los anales de cualquier guerra. Ya al caer la tarde, la lucha había amainado por ambos bandos y los americanos comenzaron a disponer el traslado de sus heridos de las casas situadas al norte de la plaza, de las cuales habían desalojado al enemigo y que para entonces ardían lentamente. Al anochecer, los heridos serían llevados a una vieja iglesia al otro lado de la plaza. El teniente Winters intentó cruzar la plaza pero a las treinta yardas una bala le rompió ambos muslos. Cayó empuñando su revólver de seis tiros, cache de conchanácar, y no se pudo levantar. El único ileso entre nosotros, el capitán Veeder, lo vio caer y corrió en su auxilio. Las balas granizaban desde los tejados como en una tormenta en el Atlántico Norte, castigando el suelo en forma tal que por unos momentos el

\* Aquí Jamison enumera los nombres dados por Walker en su libro y agrega el de "N. C. Breckenridge (fallecido después)", capitán de su compañía, de quien Walker narra que "recibió una herida leve en la cabeza".<sup>27</sup> La misma herida leve informa *El Nicaraguense*, aunque el nombre de Breckenridge no aparece en las listas de bajas publicadas posteriormente por el periódico y tampoco se encuentra en sus páginas la noticia de su muerte.<sup>28</sup> Esa la da el *Daily Herald* de San Francisco, enviada por su corresponsal en Granada: "N. C. Breckenridge, de Kentucky, falleció el 27 de Abril y fue enterrado en la iglesia de San Francisco, en Granada".<sup>29</sup>

polvo de los impactos impidió ver a Winters y Veeder. Tomando al herido en sus brazos, Veeder lo llevó a lugar seguro. Aunque parezca increíble, Veeder no recibió el menor rasguño, a pesar de que su ropa quedó pasco-neada por las balas.\*

Antes de abandonar Rivas, el general Walker llegó a la iglesia donde yacían los heridos de muerte y les expuso la situación extrema en que se encontraba el ejército. Todos respondieron al unísono: "No piense en nosotros y salve al ejército, General".\*\* Por boca de algunos prisioneros después supimos que Winters, quien sólo podía valerse de su revólver de seis tiros con cache de conchanácar, se acostó dando la cara a la puerta de la iglesia y disparó todo el tambor, a enemigo por bala, antes de morir atasajado de bayonetazos.

Resulta difícil escribir comedidamente sobre eventos en los cuales uno tomó parte activa, por pequeña que ésta haya sido; pero en vista del heroísmo con que se luchó en Rivas desde las siete de la mañana, hasta la medianoche, contra un ejército siete veces superior en número y bien atrincherado, es justo que se produzca esa llama de orgullo que enardece el corazón de todo aquél que combatió en el ejército de Walker en esa batalla un 11 de Abril de 1856.

El día anterior a la acción de Rivas, el capitán Baldwin atacó y derrotó a doscientos cincuenta costarricenses en el río Sarapiquí, matando a veinte y echando fuera del país a los demás, mientras él sufría solamente un muerto, el teniente Rakestraw, y dos heridos.\*\*\*

\* El capitán Peter Veeder era oriundo de Albany, New York, y perteneció al ejército norteamericano que invadió California por mar durante la guerra contra México. Vino a Nicaragua con Walker, en el *Vesta*. Participó, sin recibir el menor rasguño, en las primeras batallas de Rivas y La Virgen. Solicitó y obtuvo su baja del ejército el 11 de Octubre de 1855, dos días antes de la toma de Granada; se reenganchó el 25 de Marzo de 1856 y en la batalla de Rivas del 11 de Abril "no hubo hombre que demostrara mayor valor heroico o que por su temeraria osadía mereciera más admiración y respeto en el ejército, que el capitán Veeder. Ciertamente, el total olvido de sí mismo que exhibió a través del conflicto, lo hace merecedor de elogios como el mejor de los valientes que ese día dieron realce a su rango".<sup>30</sup> Su asombrosa estrella, que lo sacaba ileso de entre las balas centroamericanas, no bastó sin embargo para protegerlo contra los microbios del trópico y falleció en el cuartel de Managua, víctima de "inflamación intestinal", el 30 de Junio de 1856.<sup>31</sup>

\*\* Ninguna referencia a esa heroica respuesta se encuentra en los documentos de la época consultados; ni siquiera a los redactores de *El Nicaraguense* se les ocurrió escena tan conmovedora. Dichas fuentes tampoco confirman lo que narrará Jamison a continuación, de que Winters, al morir, haya vaciado el tambor de su revólver "a enemigo por bala".

\*\*\* El teniente primero J. R. Baldwin comandaba la Compañía B del Primer Batallón de Infantería Ligera, apostado en el río San Juan; fue ascendido a capitán el 23 de Marzo de 1856.<sup>32</sup> El Parte Oficial costarricense de la acción se transcribe en el Anexo N° 4.

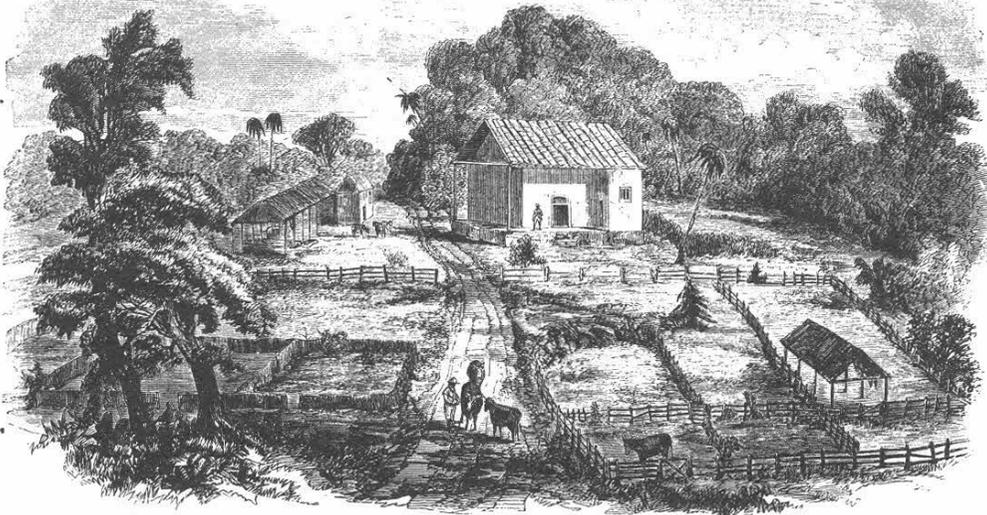
## GUERRA AL INVASOR, 1856: "Una guerra santa contra los invasores de la América Central"

(Juan Rafael Mora, Presidente de Costa Rica).

"Un poco antes de ponerse el Sol, el ejército se desvió hacia la izquierda del camino principal, se adentró por una trocha apenas reconocible y acampó en la ribera sur del río Gil González (. . .). El campamento quedaba a media legua de cualquier camino transitado; en aquella quietud, solamente vagaba la floja monotonía del Gil González" (pp. 99-100).

RIO GIL GONZALEZ, 1977.

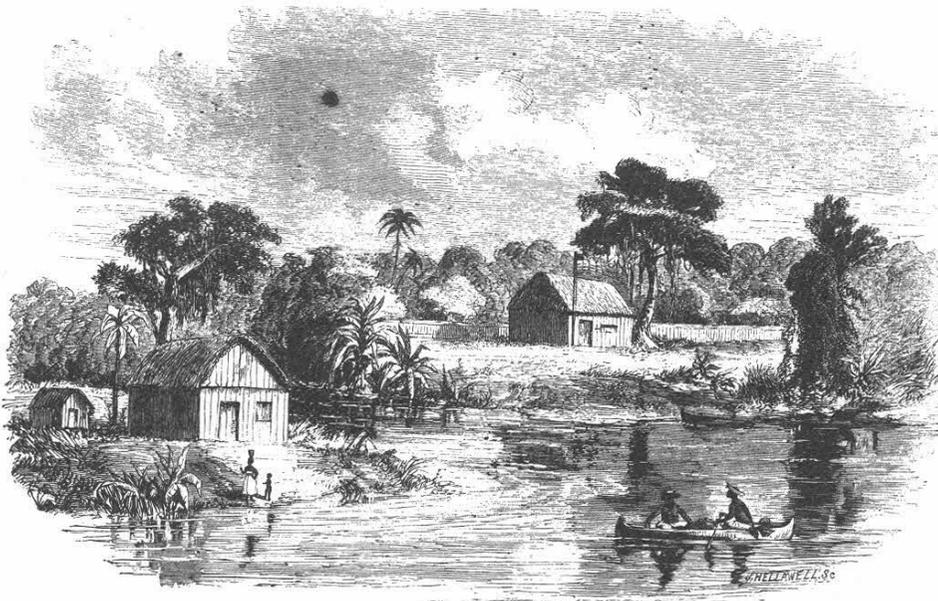


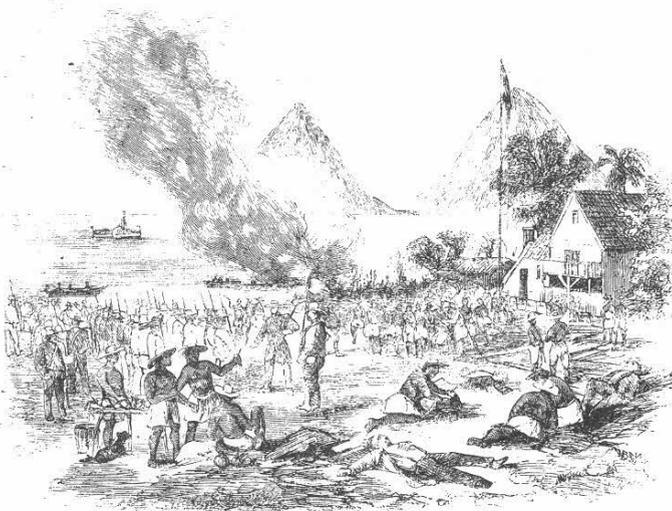


"... [el 19 de Marzo de 1856] Schlessinger llegó a la casa-hacienda de Santa Rosa donde acampó. A la mañana siguiente se dejó sorprender y derrotar por el enemigo de la manera más vergonzosa, siendo el mismo Schlessinger uno de los primeros en huir para ponerse a salvo. La derrota y fuga desordenada fue total" (p. 97).

"El día anterior [10 de Abril de 1856] a la acción de Rivas, el capitán Baldwin atacó y derrotó a doscientos cincuenta costarricenses en el río Sarapiquí, matando a veinte y echando fuera del país a los demás, mientras él sufría solamente un muerto (...) y dos heridos" (p. 110).

CONFLUENCIA DEL SARAPIQUÍ CON EL SAN JUAN





"Temprano en la mañana del 7 [de Abril de 1856] (...) las tropas costarricenses entraron a La Virgen y rodearon las oficinas de la Compañía del Tránsito. El oficial al mando dio la orden de fuego (...). Acto seguido incendiaron el muelle ...". (WALKER, "The War ...", p. 193).

"Cuando llegué a La Virgen me encontré con que habían quemado el muelle hasta a ras del agua. Unos cuantos de los pilotes sobre los que estaba construido el muelle todavía estaban humeando (...). Ya después no se reconstruyó (...). El muelle era valioso. Medía veinte pies de ancho y mil seiscientos pies de largo. Yo lo había construido. Todavía no estaba completamente terminado. Todo estaba construido, pero faltaba clavar los tablones de encima y colocar los pilotes de defensa para que soportaran los golpes de los barcos. Ese muelle era necesario". (SCOTT: "El Testimonio de Scott", p. 87).



MUELLE DE LA VIRGEN EN LLAMAS, VISTO DESDE EL LAGO.



"... el coronel Sanders y sus tropas cruzaron la plaza y se lanzaron (...) hacia el cuartel general de Mora (...). Cerca del cuartel general de Mora, el coronel Sanders y sus hombres se detuvieron para apoderarse de dos cañones, (...) esa pausa dio un ligero respiro al enemigo y sus oficiales tuvieron tiempo para rehacer sus columnas (...); cuando el coronel Sanders quiso impeler a sus

hombres a avanzar, después de la tonta detención para capturar los cañones, ya el enemigo se había repuesto (...). Sanders se vio obligado a retirarse a la plaza luego de sufrir numerosas bajas entre muertos y heridos, y la única compensación por sus grandes pérdidas fueron las dos piezas de artillería que logró capturar, dejando, sí, abandonadas las carretas con municiones" (p. 101).

BATALLA DE RIVAS: 1856

"Algunos heridos de Walker se habían acomodado en un corredor alto que servía de acera a una casa grande. En la pared había un hueco en el que cabía una persona y desde allí podía disparar, protegida por un grueso pilar de madera (...). El pilar de madera (...) quedó literalmente repellado con el plomo de las balas enemigas" (p. 104).



"El teniente James C. Jamerson [sic] de la Compañía E, oficial de reconocido mérito y hombre de indudable coraje, recibió una dolorosa herida en la pierna". ("El Nicaraguense", 19-IV-56).

The Light Infantry Battalion, under the command of Col. Fry, was held as a reserve force, and entered the plaza about ten or fifteen minutes after the commencement of the assault. They entered a whoop, and were soon mingled with their comrades in arms in the dangerous conflict. Cap James Linton, of Co D, was whom there was no

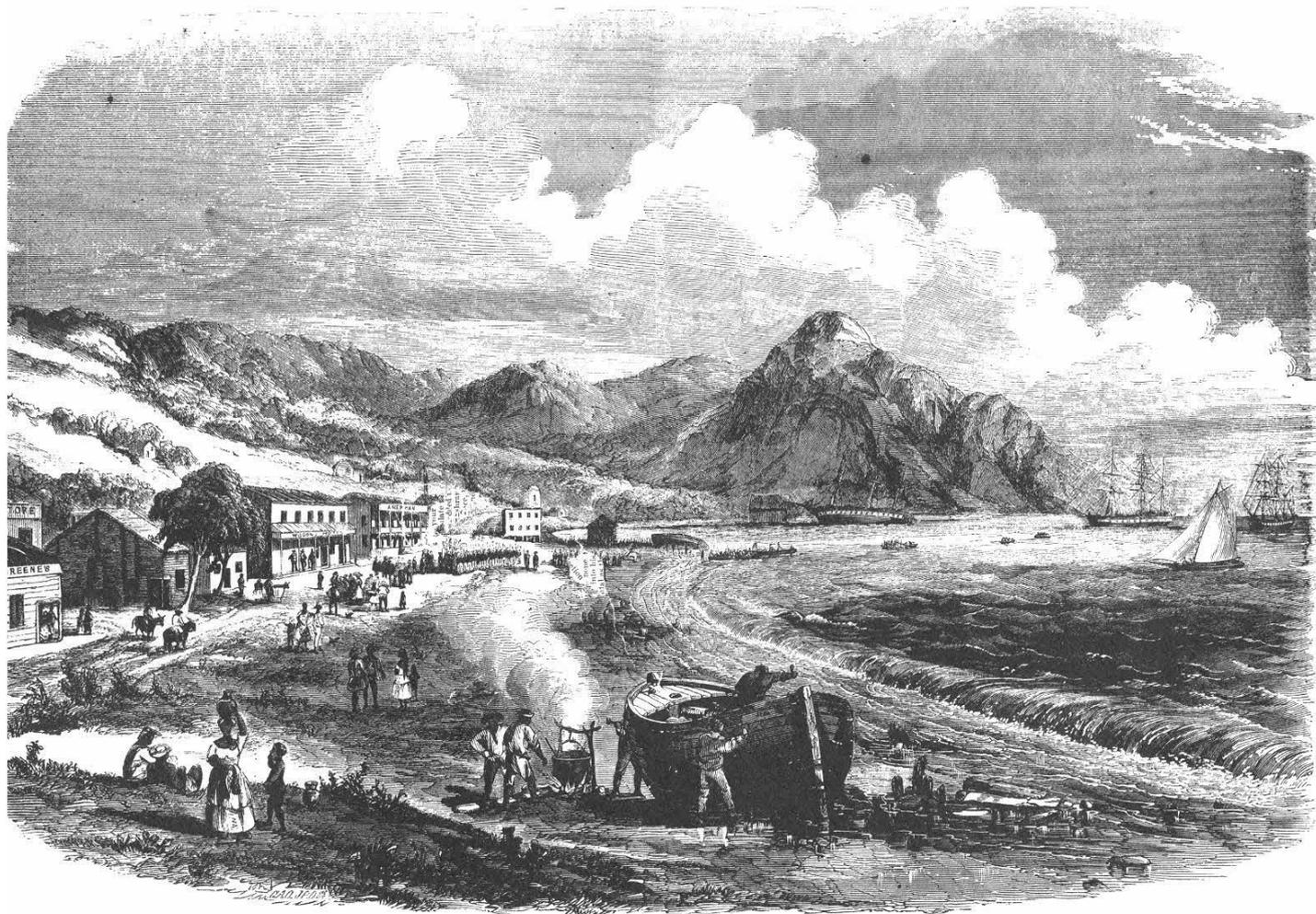
more gallant gentleman on that perilous field, fell mortally wounded at the head of his valiant and devoted men. **Lieut James C Jamerson of Co E, an officer of tried merit, and a man of doubtless courage received in the leg a painful wound. Of those two companies, there were seven killed and six wounded.**

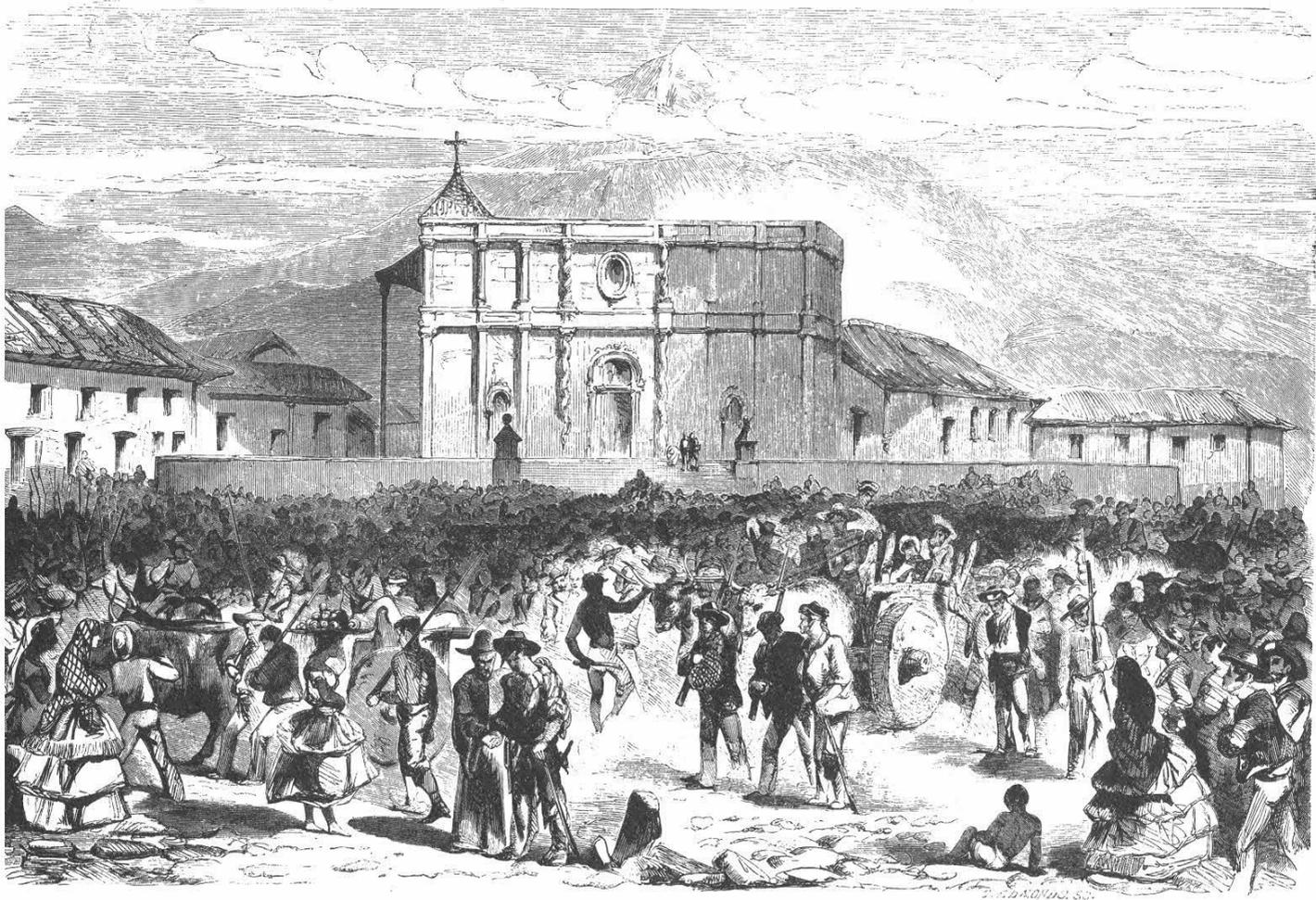
In the Second Rifle Battalion, under command of Col. Natzmer, Second Lieut Anderson of Co D, received an afflicting wound. In that Battalion six were killed and six were wounded.

An interesting feature in the battle of Rivas

"...de más de cuatro mil hombres que Mora llevó a Nicaragua, no más de cuatrocientos regresaron a sus hogares. Arriba de quinientos, muertos víctimas del cólera, fueron enterrados en las arenas de San Juan del

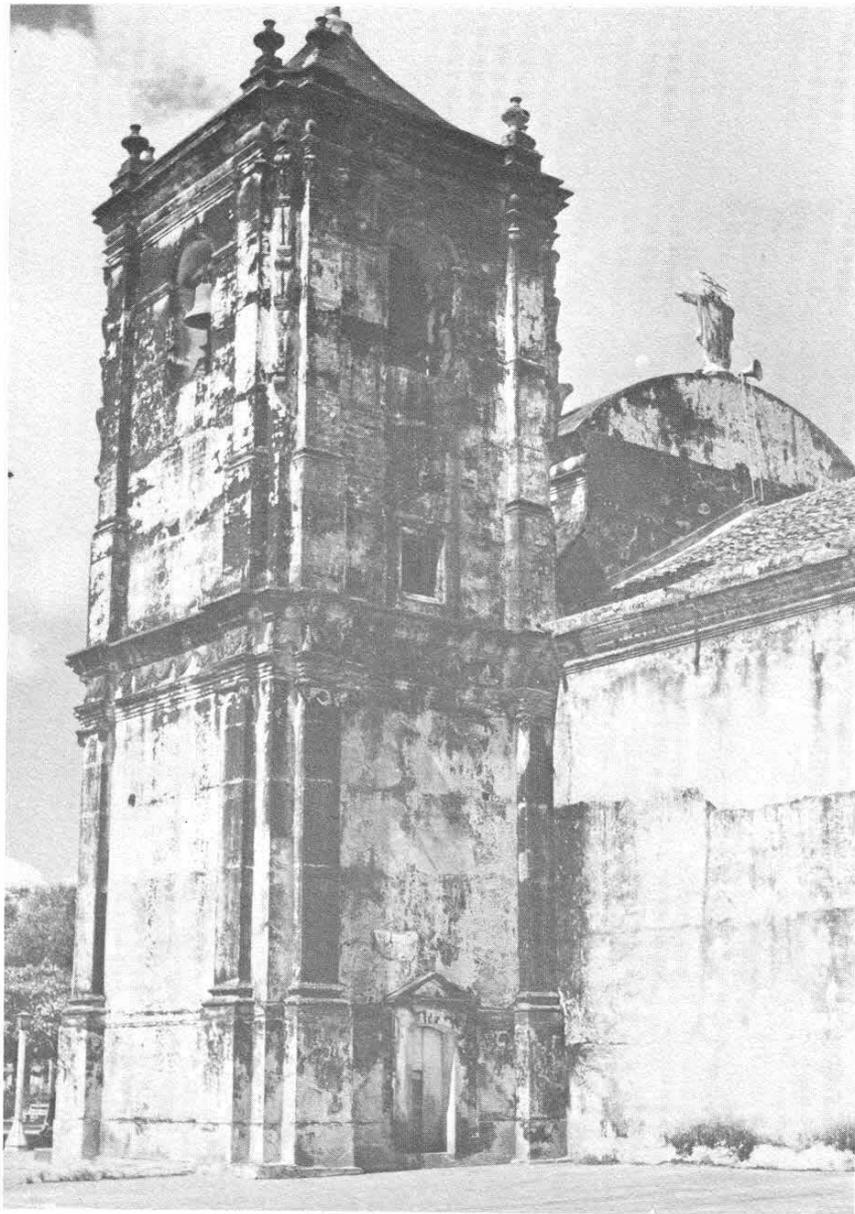
Sur, donde el continuo vaivén de las mareas sacaba a luz sus espectrales restos; largos meses después, durante el tiempo que estuve allí, yo veía relucir sus esqueletos en la playa" (p. 119).





Del ejército costarricense, diezclado por el cólera, una parte embarcó en San Juan del Sur a finales de Abril de 1856, mientras la otra regresaba por tierra a San José; ambos contingentes fueron arribando en pequeños grupos para evitar el contagio y facilitar las marchas (...). El presidente Mora los saludó en estos términos:

"... Gracias, porque la gloria con que habéis cubierto vuestro nombre, no la habéis adquirido en una lucha fratricida, sino que la habéis conquistado solos en una guerra santa contra los invasores de la América Central". ("Boletín Oficial", San José, 3-V-56).



LA IGLESIA PARROQUIAL DE RIVAS



FIGURA DE FILIBUSTERO

"Yo caí herido en los comienzos de la batalla (...). La pérdida de sangre y el intenso calor fueron pruebas terribles para mí, y (...) me arrastré a gatas dentro de la catedral (...). Eran casi las cuatro de la mañana cuando desperté, encontrándome que habían evacuado la iglesia. La campana sonaba a intervalos en la torre, acusando el impacto de balas disparadas al azar. (...) escalé los obstáculos que obstruían la puerta trasera y salí" (p. 106).

Tan pronto como el general Walker logró dar descanso a su agotado ejército y reclutó nuevos soldados, regresó al Departamento Meridional. Pero el general Mora estaba harto de ver americanos y, para postre, el cólera morbo hacía estragos tremendos en sus tropas; cuando Walker desembarcó en La Virgen, ya Mora había entregado el mando a su cuñado, el general José María Cañas, y había regresado a San José de Costa Rica. Cañas no abrigaba ningún deseo de enfrentarse a los americanos y cuando Walker llegó a la Casa del Medio Camino, entre La Virgen y San Juan del Sur, se enteró que Cañas ya había cruzado ese punto precipitadamente y en desorden, en su retirada hacia La Flor. No se detuvo hasta que llegó a San José, y debe haberse avergonzado de la infamia cometida en Rivas con nuestros muertos, cuando dejó un mensaje al general Walker solicitándole que tratara con benevolencia y generosidad a los heridos costarricenses que dejaba atrás. Walker inmediatamente ordenó a sus cirujanos suministrar a los costarricenses las mismas atenciones que brindaban a los americanos — venganza de la que bien pueden afanarse los americanos, pues no es indigna de la causa que defendían ni de la raza a que pertenecen.

Los periódicos costarricenses informaron que del ejército de más de cuatro mil hombres que Mora llevó a Nicaragua, no más de cuatrocientos regresaron a sus hogares.\* Arriba de quinientos, muertos víctimas del cólera, fueron enterrados en las arenas de San Juan del Sur, donde el continuo vaivén de las mareas sacaba a luz sus espectrales restos; largos meses después, durante el tiempo que estuve allí, yo veía relucir sus esqueletos en la playa.

Al partir el ejército costarricense ocurrieron varios arrestos y ejecuciones, entre ellas la de Francisco Ugarte, en cuya morada me alojé cuando estuve en Rivas. Sus dos sobrinas, mujeres bellas y atractivas, vivían con su familia. A Ugarte se le juzgó por descubrir y entregar al enemigo, después de la batalla, a algunos heridos americanos para que los mataran. Una

\* Según Walker, "no más de quinientos del bravo contingente que había salido a exterminar a los 'filibusteros', regresaron a la capital de la República",<sup>33</sup> pero el dato no se lo atribuye a ningún periódico costarricense. La información no se encuentra en los diarios consultados, pero el *Boletín Oficial* de San José registra una noticia acerca de los muertos por el cólera en toda la nación hasta el 21 de Junio: "EPIDEMIA — Todos los datos oficiales que recibimos nos comprueban que la terrible peste toca á su fin y que así en la capital como en las provincias solo se presentan casos muy aislados. Los documentos que hemos examinado nos dan á conocer que en poco mas de un mes que ha durado el cólera, han sido sepultados mas de cinco mil cadáveres en toda la República. Cuéntanse entre estos muchos párbulos y ancianos septajenarios, pero también no pocos seres llenos de juventud y esperanza".<sup>34</sup>

corte de investigación demostró claramente su culpabilidad y se le sentenció a la horca.\*

Después de ejecutada la sentencia, sus dos sobrinas me rogaron que condujera los restos mortales a Obraje, donde residía por entonces la familia. Obtuve el permiso necesario, conseguí una carreta de bueyes, destaque un pelotón para que me acompañara, llevamos el cadáver a Obraje y a medianoche lo depositamos en la iglesia parroquial, en donde quedó entre los sollozos de sus deudos.

Siempre he creído que Ugarte, quien era hombre rico, trató de comprar su libertad ofreciéndole dinero al general Walker. Mi creencia se basa en que un día me encontraba por casualidad cerca del calabozo de Ugarte en momentos en que el general Walker pasaba a almorzar. Ugarte lo llamó por su nombre; Walker se detuvo y ambos sostuvieron una breve conversación. No logré oír todo lo que se dijo, pero escuché lo suficiente para saber que Ugarte le ofreció a Walker una cuantiosa suma de dinero, que después se rumoró con insistencia era de veinte mil dólares en oro. Tampoco capté todo lo que Walker contestó, pero su tono evidentemente era despectivo hacia Ugarte; logré oír cuando le dijo: “No quiero su dinero sino su vida, pues usted ha perdido todo derecho a ella”.

Debo relatar aquí un incidente de mi estadía en Nicaragua que siempre deploré con tristeza. En el verano y el otoño de 1856 el Primer Batallón de Infantería se encargó de mantener el orden en el Departamento Meridional, por el que pasa la Ruta del Tránsito entre San Juan del Sur y La Virgen. Mi compañía y la del capitán William Williamson se turnaban en la vigilancia de La Virgen, San Juan del Sur, San Jorge y Rivas, situación que duró hasta finales de Octubre, cuando todos los destacamentos fueron reconcentrados a Granada en preparación para el ataque a Masaya.\*\*

\* En una carta del corresponsal de *El Nicaraguense* en La Virgen, fechada el domingo 18 de Mayo de 1856, se lee la parte pertinente: “El viernes pasado [16 de Mayo], don Rico Ugarte [sic] fue ahorcado en esta localidad, por su participación en el negro y salvaje crimen de asesinar a los americanos heridos en Rivas. No existen palabras para caracterizar adecuadamente una acción tan vil. ¿Habrán quienes esperen ganar prosélitos para su bando con tan malditos crímenes? Y lo que es más, todo lo hicieron dentro del santuario, bajo el mismo altar de la casa de Dios, de un Dios que es igual para todos los hombres — ¡Lo hicieron a oídas de Mora y de los oficiales del estado mayor costarricense, y probablemente bajo sus propios ojos!”<sup>35</sup> Cuando la ejecución de Ugarte, Walker se encontraba en el istmo de Rivas y La Virgen era el asiento del cuartel general de su ejército; en La Virgen se encontraba el Primer Batallón de Infantería al que pertenecía Jamison.<sup>36</sup>

\*\*Era a comienzos de Octubre y no a finales, como se verá más adelante.

En San Jorge disparaban contra nuestros piquetes y centinelas a cualquier hora del día o de la noche, y durante más de tres semanas ni oficiales ni rasos se desvistieron para dormir o descansar. Con frecuencia la pequeña guarnición era obligada a salir varias veces en la noche para repeler las amenazas de ataque, y la falta de sueño agotó en extremo a la tropa, pues los soldados montaban guardia todas las noches hasta el alba.

Allí en San Jorge ocurrió el triste suceso que mencioné — una promesa hecha a un compañero que se encontraba casi en los umbrales de la muerte, la cual no pude cumplir. Ya avanzada una tarde, creo que era de Octubre, el autor descansaba junto con el capitán Williamson a la sombra de un árbol de mango, especulando sobre el probable resultado de la guerra y lo que a nosotros nos aguardaba en el futuro. El capitán me miró con tristeza y me mostró un magnífico reloj de oro macizo de doble tapa, con su pesada leontina también de oro, pidiéndome que lo examinara. Vi que se lo habían obsequiado sus compañeros de —me parece recordarlo— el Séptimo Regimiento de Caballería de los Estados Unidos; de todos modos, se trataba del regimiento del coronel Sumner, en el cual el capitán Williamson sirvió con el rango de Sargento Mayor. En la cara interior de la tapa tenía inscritos el nombre de Williamson, su rango, y la lista de los donantes.

Al devolvérselo, me dijo con voz entrecortada por la emoción: “Tengo una hijita, todavía pequeña, el único ser que lleva mi sangre en el mundo. La dejé al cuidado de sus tíos, Mr. George Wahl y su esposa, en Washington, D.C. ¿Me prometes, por tu honor, que si me matan y si está en tu poder hacerlo, le enviarás este reloj con la leontina a mi hijita?”

Se lo prometí con gusto, ignorando lo cerca que estaba de poner a prueba mi compromiso.

Al día siguiente, el vapor ancló frente a San Jorge y a medianoche recibimos órdenes de poner a bordo todos los bagajes y pertrechos militares. El agua era poco profunda cerca de la costa y tuvimos que llevar nuestros equipajes vadeando. El capitán Williamson fue uno de los que más ayudó en esa tarea, y al concluirla y levar anclas el vapor, subimos juntos a cubierta, nos acostamos todos empapados y prontamente nos dormimos.

Cuando desperté a la luz del día, el vapor estaba anclado en el muelle de La Virgen pero el capitán Williamson había desaparecido y no se le pudo encontrar por ninguna parte. Algunos miembros de la tripulación recordaron que hubo un momento en la noche en que el pito del vapor silbó con fuerza, escuchándose luego un ruido como de cuerpo pesado que cayera

al agua. No se oyó grito alguno y nadie reparó en el incidente sino hasta después de saberse la desaparición del capitán Williamson.

A los tres días, el oleaje sacó a la costa el cadáver del capitán Williamson, espantosamente mutilado por los tiburones pero con el reloj y la leontina intactos.\* En un cerrito a orillas de La Virgen, por la parte que da a Rivas, enterramos los restos mortales del capitán Williamson, gallardo caballero y soldado todo él. Se le rindieron los honores militares de su rango y, por orden del general C. C. Hornsby, Comandante del Departamento Meridional, me correspondió el triste deber de mandar la escolta. Se conjeturó que el capitán Williamson, posiblemente batallando en sueños, se sobresaltó por el súbito pitazo del vapor y al incorporarse precipitadamente perdió el equilibrio y, en la oscuridad, se hundió en las profundas aguas del lago.

Al regresar del entierro conté a los tenientes de su compañía el encargo que me había hecho y la promesa que yo le ofrecí cumplir. Sabía que mi palabra de honor era la única prueba en apoyo de mi afirmación. El teniente, que se llamaba (si no me falla la memoria) Griffin, o Griffith,\*\* insistió en que, de acuerdo al reglamento, él era el llamado a constituirse en custodio del reloj y leontina; desde luego, eso ponía punto final al asunto. Como una concesión, sin embargo, el teniente se avino a depositarlos en la caja de seguridad del gobierno, mientras se presentaba la oportunidad de remitirlos a la hijita.

Por carta de Mr. Wahl, que recibí a finales de la Guerra Civil, supe que la niña jamás recibió el reloj. No dispongo de forma para averiguar

\* Los documentos de la época corroboran algunos detalles que evoca Jamison sobre la muerte del capitán Williamson. El libro de bitácora del vapor *San Carlos* correspondiente al año 1856 registra los dos siguientes asientos:

"Octubre 2 — El vapor *San Carlos*... llegó a San Jorge a las 4:30 p.m. Recibió a bordo a los soldados y bagajes. El vapor *La Virgen* llegó a San Jorge a las 5 p.m.

"Octubre 3 — El vapor *San Carlos* salió de San Jorge a la 1 a.m. para La Virgen, con soldados. Llegó a La Virgen a las 2 y los desembarcó a todos. El vapor *La Virgen* llegó a La Virgen a las 7:30 a.m."<sup>37</sup>

E informa *El Nicaraguense* el 4 de Octubre: "Nos duele consignar que el capitán Williamson de la Compañía G del Segundo [sic] Batallón de Infantería, cayó al lago del vapor *La Virgen* durante su travesía anoche y se ahogó. Era hombre estimable y buen oficial".<sup>38</sup> Jas. H. Williamson recibió sus galones de capitán y el mando de la Compañía G del Primer Batallón de Infantería el 6 de Julio de 1856.<sup>39</sup>

\*\*John M. Griffith fue nombrado teniente segundo del Primer Batallón de Infantería el 8 de Marzo de 1856; fue ascendido a teniente primero, asignado a la Compañía E del mismo batallón, el 7 de Agosto y recibió sus galones de capitán en el Primer Batallón de Rifleros el 26 de Febrero de 1857.<sup>40</sup> Sobrevivió al sitio de Rivas, llegando a Nueva York en el *Wabash* el 28 de Junio, aunque en una lista del ejército de Walker alguien anotó "*Died*" (Murió) junto a su nombre.<sup>41</sup>

cuál fue su destino ni si el teniente aún vive. El Ayudante General del ejército de los Estados Unidos, en Washington, me confirmó que los datos proporcionados por el capitán Williamson sobre el servicio militar se ajustaban a la verdad en todos sus detalles. No sé si los señores Wahl, o la niña confiada a sus cuidados, viven todavía; en tal caso, yo sería sumamente feliz si estas líneas contribuyen a que recuperen el reloj y su leontina.

Encontrándome en San Jorge, me vi obligado a infligir un fuerte castigo a varios soldados. Por ese incidente, el general Walker me llamó a Granada.

La compañía comandada por el capitán Baldwin en La Virgen tenía reputación de insubordinada e indómita, si bien no dio muestras de ello el día que llegó a San Jorge. A dicha compañía se le dio la orden de fusionarse con la mía, y al capitán Baldwin se le asignaron los deberes de Auditor de Guerra.\* A la mañana siguiente de su arribo a San Jorge, a varios soldados de la compañía de Baldwin se les asignó en la orden del día el cumplimiento de ciertas tareas, pero todos se excusaron por enfermedad. Se ordenó que fueran examinados por el cirujano del regimiento, quien los declaró aptos para el servicio activo. Yo les hice ver que no debían eludir sus deberes en momentos en que nuestra guarnición se encontraba debilitada y el enemigo amenazaba todas las noches con atacarnos. Procuré ser tan suave y conciliador como lo permitía mi posición de comandante. A pesar de ello mis palabras no surtieron efecto, por lo cual ordené la reclusión en el cuartel de todos los recalcitrantes, en donde les fue ofrecida una última oportunidad para que cumplieran con sus obligaciones. Al rehusar hacerlo envié un pelotón para amarrarlos estacados, castigo muy doloroso con el correr de las horas, así como es repugnante para los valientes.

Mis órdenes eran soltar a quienes aceptaran cumplir con su deber, y al poco tiempo estaban libres y dóciles todos, menos uno. También ese *terco filibustero* por último cedió.\*\* Cuando tiempo después se me destinó a San Juan del Sur, varios de esos individuos desertaron, uniéndose a los costarricenses. Todos los desertores habían nacido fuera de los Estados Unidos.

El general Walker me ordenó presentarme personalmente en Granada para explicarle las causas de esos disturbios en el destacamento de San

\* La fusión se efectuó el 3 de Septiembre de 1856; la compañía de Baldwin se denominaba C y se fusionó con la D del capitán James C. Jamieson [sic]. "Mr." John M. Baldwin fue nombrado Fiscal General de Hacienda por decreto del 9 de Septiembre.<sup>42</sup>

\*\*Léase lo que Walter J. Scott y otros filibusteros cuentan acerca de los castigos en el Anexo N° 19.

Jorge. Así lo hice, y quedó tan satisfecho de mi informe que me envió a reasumir el mando de mi compañía en San Juan del Sur, adonde se nos había trasladado después de San Jorge.

Durante esa visita a Granada vi por primera y única vez al senador por el Estado de Louisiana en el Congreso de los Estados Unidos, M. Pierre Soulé, quien conferenciaba en privado con el general Walker en su despacho, y por las apariencias, muy confidencialmente.\* La elegancia cortesana del senador Soulé, sus modales refinados y lo que, en conjunto, puede llamarse su aire de grandeza, me impresionaron favorablemente y aún hoy en día lo recuerdo vívidamente como uno de los personajes más fascinantes que he conocido.

Se ha insinuado que el senador Soulé llegó a Granada para promover el restablecimiento de la esclavitud en Nicaragua. Basado en razones que expongo en otra parte, prefiero aceptar la explicación que da el general Walker en su libro *La Guerra en Nicaragua*, en el que dice que el senador Soulé deseaba obtener ciertas modificaciones a un decreto promulgado por el presidente provisorio Rivas pocos días antes de salir huyendo de León a Chinandega; el decreto estipulaba las pautas para negociar un empréstito de medio millón de dólares al gobierno, el que sería avalado por un millón de acres de tierras nacionales.\*\*

Con la expulsión del ejército costarricense parecía que la paz había regresado una vez más a Nicaragua; pero esas esperanzas eran ilusorias. Era solamente la calma que precede a la tormenta —lóbrega quietud que

\* El senador Pierre Soulé arribó a Granada el miércoles 20 de Agosto de 1856. El sábado 30 de Agosto el capitán Frazer "del ejército nicaraguense" le ofreció una cena, a la cual asistió la plana mayor, el ex-Ministro Americano Wheeler y dignatarios de la ciudad; los comensales se retiraron temprano porque esa misma noche deberían asistir a una recepción y baile dados por el "Presidente" Walker. Soulé se despidió de Granada e inició el viaje de regreso a los Estados Unidos el martes 2 de Septiembre.<sup>43</sup>

\*\*Walker lo narra así: "...el Honorable Pierre Soulé llegó a Granada. El viaje lo hizo con el objeto de gestionar algunas modificaciones a un decreto que había promulgado don Patricio Rivas pocos días antes de salir huyendo de León a Chinandega. El decreto autorizaba el nombramiento de comisionados para negociar un préstamo de quinientos mil dólares, el cual se garantizaría con un millón de acres de tierras nacionales. Las modificaciones propuestas por Mr. Soulé se hicieron rápidamente, y se nombraron comisionados para actuar conforme el decreto a S. F. Slatter y Mason Pilcher".<sup>44</sup> Uno de los bonos emitidos es la pieza 169 de la *Faysoux Collection* que se conserva en la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans; es por valor de doscientos dólares y está firmado por S. F. Slatter y Mason Pilcher, conforme el decreto del 28 de Agosto de 1856. Walker ya había promulgado un decreto el 22 de Julio, autorizando negociar un préstamo de dos millones de dólares respaldado por dos millones trescientos cuatro mil acres de tierras nacionales y nombrando a Appleton Oaksmith "comisionado especial" para negociarlo en los Estados Unidos.<sup>45</sup>

antecede al estallido del trueno— y muy pronto el país se estremeció de nuevo con el fragor de la batalla.



## FUENTES

- <sup>1</sup> "El Presidente de la República de Costa-Rica a Todos sus Habitantes", *El Nicaraguense*, 15 de Marzo de 1856, p. 3, c. 3-4.
- <sup>2</sup> Walker, *op. cit.*, p. 165.
- <sup>3</sup> *Ibid.*, p. 183.
- <sup>4</sup> *Boletín Oficial*, San José, Alcance al Boletín Número 179, 25 de Marzo de 1856, p. 1, c. 1-2; *El Nicaraguense*, 14 de Abril de 1856, p. 2, c. 1.
- <sup>5</sup> Fayssoux Collection, Item 111, General Order Book — Nicaraguan Army.
- <sup>6</sup> *El Nicaraguense*, 14 de Abril de 1856, p. 2, c. 3; 19 de Abril, p. 2, c. 2-3.
- <sup>7</sup> *Daily Herald*, San Francisco, 7 de Junio de 1856, p. 2, c. 3.
- <sup>8</sup> Fayssoux Collection, Item 111, General Order Book — Nicaraguan Army, General Orders N° 90; *El Nicaraguense*, 3 de Mayo de 1856, p. 2, c. 1.
- <sup>9</sup> *El Nicaraguense*, 19 de Abril de 1856, p. 2, c. 2-3.
- <sup>10</sup> *Ibid.*, 17 de Noviembre de 1855, p. 1, c. 1; 20 de Septiembre de 1856, p. 2, c. 2; Fayssoux Collection, Item 114, Muster Roll, 1855-1856.
- <sup>11</sup> *El Nicaraguense*, 30 de Agosto de 1856, p. 5, c. 2.
- <sup>12</sup> *Ibid.*, 20 de Septiembre de 1856, p. 2, c. 3.
- <sup>13</sup> *Ibid.*, 18 de Octubre de 1856, p. 5, c. 1.
- <sup>14</sup> Walker, *op. cit.*, p. 201.
- <sup>15</sup> *El Nicaraguense*, 14 de Abril de 1856, p. 2, c. 3.
- <sup>16</sup> *Ibid.*, 22 de Noviembre de 1856, p. 8, c. 3; Manuel Pasos Arana, "El Centenario del Terremoto de Rivas 1844-1944", *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, Managua, Tomo X, Núm. 1, Abril de 1948, p. 97.
- <sup>17</sup> Fayssoux Collection, Item 114, Muster Roll, 1855-1856.
- <sup>18</sup> *El Nicaraguense*, 19 de Abril de 1856, p. 2, c. 4.
- <sup>19</sup> Walker, *op. cit.*, p. 202.
- <sup>20</sup> *Ibid.*
- <sup>21</sup> *El Nicaraguense*, 26 de Abril de 1856, p. 3, c. 3.
- <sup>22</sup> *Ibid.*, 1 de Marzo de 1856, p. 2, c. 3.
- <sup>23</sup> *Ibid.*, 14 de Abril de 1856, p. 2, c. 3; 19 de Abril, p. 2, c. 3.
- <sup>24</sup> Walker, *op. cit.*, p. 203.
- <sup>25</sup> *Boletín Oficial*, San José, 30 de Abril de 1856, p. 1, c. 1-3, p. 2, c. 1-2.
- <sup>26</sup> Costa Rica, Archivo Nacional, Documento de Guerra N° 8848.
- <sup>27</sup> Walker, *op. cit.*, p. 201.
- <sup>28</sup> *El Nicaraguense*, 14 de Abril de 1856, p. 2, c. 3.
- <sup>29</sup> *Daily Herald*, San Francisco, 7 de Junio de 1856, p. 2, c. 3.
- <sup>30</sup> *El Nicaraguense*, 19 de Abril de 1856, p. 2, c. 1, 3; 2 de Agosto, p. 1, c. 2-4.
- <sup>31</sup> *Ibid.*, 12 de Julio de 1856, p. 5, c. 2.
- <sup>32</sup> *Ibid.*, 1 de Marzo de 1856, p. 2, c. 1; Fayssoux Collection, Item 111, General Order Book — Nicaraguan Army, General Orders N° 61.
- <sup>33</sup> Walker, *op. cit.*, p. 211.
- <sup>34</sup> *Boletín Oficial*, San José, 21 de Junio de 1856, p. 2, c. 1-2.
- <sup>35</sup> *El Nicaraguense*, 24 de Mayo de 1856, p. 4, c. 2.
- <sup>36</sup> *Ibid.*, 17 de Mayo de 1856, p. 2, c. 4; 24 de Mayo, p. 4, c. 2; *Daily Herald*, San Francisco, 7 de Junio de 1856, p. 2, c. 4.
- <sup>37</sup> United States National Archives, Executive Branch, Claims Against Costa Rica Under the Convention of 1860, Log of Lake Steamer *San Carlos*.
- <sup>38</sup> *El Nicaraguense*, 4 de Octubre de 1856, p. 2, c. 1.
- <sup>39</sup> *Ibid.*, 12 de Julio de 1856, p. 2, c. 1; Fayssoux Collection, Item 111, General Order Book — Nicaraguan Army, General Orders N° 115.
- <sup>40</sup> *El Nicaraguense*, 1 de Noviembre de 1856, p. 1, c. 4; Fayssoux Collection, Items N° 101, 114, 120, 121.

- <sup>41</sup> *The New York Herald*, 29 de Junio de 1857, p. 5, c. 2; Fayssoux Collection, Item 101, Army Register of the Nicaraguan Army.
- <sup>42</sup> Fayssoux Collection, Item 111, General Order Book — Nicaraguan Army, General Orders N° 159; *El Nicaraguense*, 6 de Septiembre de 1856, p. 2, c. 1; 13 de Septiembre, p. 3, c. 3.
- <sup>43</sup> *El Nicaraguense*, 23 de Agosto de 1856, p. 2, c. 1; 6 de Septiembre, p. 2, c. 4; p. 3, c. 2.
- <sup>44</sup> Walker, *op. cit.*, pp. 238-239.
- <sup>45</sup> *El Nicaraguense*, 26 de Julio de 1856, p. 3, c. 2-3.